



Cuaderno  
de bitácora

# LA BODA de Carmen Resino

Escribo sobre *La boda*, una de mis últimas obras, y de los inconvenientes y pequeños problemas surgidos desde que fue premiada. También es cierto que esperar otra cosa, aunque sea de poca monta, es pura ficción, si lo que pretendemos es publicarla y, en el colmo de la osadía, que se represente, aunque ambas cosas vayan implícitas en el premio.

Por supuesto que lo de menos fue escribirla. Creo que a la mayoría de los autores el primer parto, esto es, la escritura del texto nos resulta relativamente fácil si lo comparamos con todo lo que viene después, sobre todo si hay un poco de oficio y lo mucho o poco que hemos de decir lo tenemos claro. Lo peor es lo otro, lo que hace que ese texto dramático se convierta en letra impresa y finalmente, y esto ya riza todos los rizos de la dificultad, en texto representado, en teatro hecho carne, en teatro, teatro de verdad. Claro que lo que acabo de afirmar me cuesta admitirlo, pues si fuera cierto, es decir, si solo el teatro que se representa adquiere carácter de tal, ¿qué escribía yo? ¿Qué escribimos la mayor parte de los autores españoles? ¿Qué género o subgénero? Y como ante eso me sublevo, entre otras cosas porque no estoy de acuerdo en absoluto, o al menos totalmente, con esa sentencia, aunque yo misma la repita por inercia o tonto mimetismo, considero que todas mis obras dramáticas, las representadas y las no, ¡sí, sí, también las no! (ellas no tienen la culpa de ese anonimato escénico), son teatro. Todos sabemos que el que una obra suba o no al escenario no depende de su calidad, sino de circunstancias, de contactos, de estar en el momento que se tiene que estar, de conectar con quien se tiene que conectar... (este mundo es así), es decir, de fenómenos extrateatrales, que, la mayoría de las veces, muy poco o nada tienen que ver con el teatro, y por tanto no pueden ni deben afectar al valor de lo escrito. Tan es así, que lo de tomar carne de escenario he llegado a mirarlo con distancia y hasta cierto desinterés dentro de lo que cabe, y esta ausencia de los mismos, a veces prolongada, no me ha impedido seguir escribiendo para el teatro; ni siquiera se me ha pasado por la mente arrojar la toalla, aunque alguna vez lo dijera, engañándome por supuesto a mí misma. Pero como representar un texto escrito para el teatro es lo natural y concebirlo para que se quede solo en letra impresa sería contra natura, siempre se intenta, siempre lo intentamos, una y otra vez, y de ahí el sufrimiento ante el empeño, la mayor parte de las veces fallido, el deseo de conseguir

que lo escrito se convierta en carta de naturaleza teatral; en texto hecho carne.

Pasado este inciso, volvamos a *La boda*:

Como decía en un principio, su escritura fue fácil. Cuando una obra «me sale», generalmente la hago así, de corrido, con impetuosidad, un poco a lo espontáneo, porque está escrita de antemano en mi cabeza, y el hecho de escribir se reduce a un dictado mecánico. Malo cuando vuelvo y vuelvo sobre el papel: mejor dejarlo entonces. Ya lo dije una vez en esta misma revista: no tengo pánico a la página en blanco, pues cuando me pongo ante ella es porque ya he decidido en gran parte lo que tengo que escribir, y esto que a mí me ocurre no es ninguna excepción y estoy segura, de que les sucede a otros muchos colegas, y puede que a casi todos.

*La boda* fue para mí una obra de rapidísima ejecución, de las más fluidas, sin apenas retoques y correcciones posteriores. Eso mismo me ocurrió con *La recepción*, una de las más rápidas (recuerdo haber contabilizado ocho días), *De película* o alguna de mis piezas breves, como *La sed* o *¡Mamá, el niño no llora!*; también, aunque en menor medida, con *El oculto enemigo del profesor Schneider* y *Bajo sospecha*. *Los eróticos sueños de Isabel Tudor* también la escribí rápido, aun contando con el trabajo de investigación. Siempre he tenido, como autora, preferencia por estas obras de partos fáciles, surgidas de la espontaneidad, como una forma de tirarse al ruedo; quizás por agradecimiento, al no someternos a ese trabajo tan penoso de las correcciones interminables y que muchas veces acaban en una reconversión total de la obra con título incluido y en las que no se acaba por dar en el clavo o en encontrar el auténtico norte de las mismas, pues para penalidades, las que vienen después.

Pero sigamos con *La boda*:

Corría el verano del 2004, principios de julio por más señas.

Estaba yo en Benicasim pasando unos días playeros con unos amigos cuando de pronto surgió la idea de manera torrencial e imparable. Todavía teníamos reciente todos los españoles el continuo impacto, el bombardeo comunicativo que desató la boda de los Príncipes de Asturias, y entonces pensé en lo que en muchas personas podría haber provocado aquel aluvión informativo: desde esa curiosidad que les movió a acudir en persona para olisquear, desde la incomodidad y la lluvia, algunos prolegómenos y restos del

evento, hasta el deseo imposible y por tanto insatisfecho de estar allí, de ser invitados, de poder codearse por unas horas con tanta testa coronada y con toda esa gente que solo sale en las revistas. Pero naturalmente no era mi caso ni iba a tratar de la boda de los Príncipes: para eso estaban los informativos, los múltiples reportajes, las revistas del corazón...; simplemente iba a tomarla como referencia, como pretexto, como elemento provocador, como tantas veces he utilizado la Historia. Para mí, *La boda* se presentaba como el marco-impulsor de una escritura dramática; marco-pretexto incluso no definido, porque en ningún momento se la cita de manera explícita, y esa boda «con mayúsculas» a la que alude la protagonista podía ser cualquiera importante presente o futura, con lo cual, al no citar expresamente el dato, al no ceñirme al hecho concreto, al ensancharle el marco temporal-histórico, rompía con el hecho puntual, imbuéndola de una universalidad que de otro modo hubiera carecido: «mi» boda puede ocurrir lo mismo en cualquier momento presente o futuro, y si se cambian los nombres, hasta en cualquier lugar del planeta, lo que permite escapar a uno de los males que acosan al género dramático: el envejecimiento y el añejo localismo, que en nada tiene que ver con ese que, por ser tan propio, tan auténtico, confiere a todo lo que toca categoría de universal. En resumidas cuentas: al no hacer alusión en ningún momento a la boda de los Príncipes, al no referirme a ella de manera directa, trocando lo concreto del hecho por la universalidad de lo abstracto, ganaba tiempo para mi obra y la sacaba de unos limitados horizontes.

Bien, esto por lo que se refiere al marco, llamémosle histórico o de encrucijada social, como dirían algunos; al «continente» en el que iba a verter, a plasmar el contenido de ese entramado dramático. Lo que encajado y sobrenadando en aquella estructura escribí fue simplemente una historia vulgar, una historia de desencanto, como la vida misma, porque desgraciadamente lo cotidiano es vulgar, y la insatisfacción, una historia de cada día y, me atrevería a decir, de cada uno, aunque los factores y los elementos no sean los mismos: una hija de mediana edad, vulgar, soltera, que al parecer ha vivido muchos años con su anciana madre, culpa a esta (¿muerta, enferma?... ¿presente, ausente?... Esa imprecisión, que conscientemente lo es, forma parte de la esencia misma, de la clave de la obra, y cada lector o espectador lo interpretará como guste, porque el resultado final, con madre presente o no, viva o muerta, no cambia el «mensaje», la intencionalidad del texto) de todos sus fracasos y frustraciones. La madre directa o indirectamente es el factótum del fracaso vital de la

hija; fracaso a punto de ser eliminado por el simple hecho de haber sido invitada a la boda «con mayúsculas»; la boda significa para esta mujer gris su redención social, el colmo de sus aspiraciones, y esto lo ha conseguido, ¡otro triunfo!, por medio de un novio, Pepe, que goza, al parecer, de gran estatus social. Pero, en realidad, ¿existe Pepe, al menos como nos lo pinta la Hija, o es otro motivo-pretexto que esta exhibe, fruto de su deteriorada autoestima?

*La boda* es, sin duda, un monólogo; pero también un diálogo, con un antagonista, la Madre, presente aunque no se la vea, aunque no conteste, aunque su presencia solo se intuya a través de las continuas interpelaciones y alusiones de la Hija. En realidad, pienso que, salvando algunas, bastantes distancias, y por supuesto de manera inconsciente, volví a reescribir *La sed*<sup>1</sup>, ese monólogo-diálogo entre la Abuela y la Nieta, que, pese a los años y todo lo llovido, sigo encontrando novedoso y rompedor, aunque quizás *La boda* cuente con bastante más ironía, ese aporte que da la experiencia, y un poco menos de amargura.

La obra con sus 35 folios holandesa a doble espacio quedó prácticamente escrita en esos días veraniegos de Benicasim. Me levantaba temprano, antes que los demás, y me iba a desayunar de los primeros en aquel hotelito muy cerca del mar. Acababan de estar listas las cafeteras, de traer los panes todavía calientes, de colocarse los delantales las camareras, y allí estaba yo, con dos o tres madrugadores más, con la taza entre las manos y la mente dispuesta. Después del desayuno, coincidiendo con la cada vez mayor afluencia en el comedor, me iba a la terraza del hotel, o me escabullía por los jardines que rodean la piscina, y allí entre el movimiento de limpiadoras, repartidores y jardineros, iba desgranando el monólogo, dejando surgir *La boda* de manera torrencial, enhebrando los anhelos, pensamientos y rencores de esa Hija tan sola y solitaria; tan llena de remordimientos también. Y agarrada a ese bloc de notas me encontraba entusiasta y decidida a empezar una jornada semivacacional, y digo «semi», porque parte de ella estaba dedicada al trabajo, incluso en la playa, donde me llevaba bolígrafo y papel, para garrapatear frases entre baño y baño, entre paseo y paseo, entre conversaciones, en mitad de la comida o de la cena, de la televisión o de mis lecturas... *La boda* (así se llamó desde el principio; en cuanto al título tampoco hubo dudas), no se me apeaba de la cabeza. En todas partes estaba ella, sin dejar que me entregara por completo a esa dilatación del tiempo del verano, ese tiempo a veces muerto para la actividad y, no obstante, tan necesario. *La boda* fue por tanto la gran compañía de aquellos días, que no pasaba sola; tampoco me habría senti-

<sup>1</sup> *La sed*, La Pluma, n.º 3, 2.ª época, nov.-dic., 1980; Carmen Resino, *Teatro breve. El oculto enemigo del profesor Schneider*, Madrid, Fundamentos, 1990, con introducción de la autora, págs. 9-19.

do de haberlo estado, al encontrarme con mi monólogo entre el bostezo lento de las primeras horas de cada mañana, al cerrar los coloquios interiores por las tardes, esa hora en la que muchos escritores empiezan y yo, generalmente, tan amante de la mañana, declino.

Cuando regresé a Madrid con el boceto-obra en mi bolso de mano, ni siquiera lo metí en la maleta por miedo a que esta se extraviara. La dejé reposar un tiempo, como hago con todas; un tiempo más o menos largo, depende, para así objetivarla y juzgarla mejor. Después es cuando hago las más severas y a veces drásticas correcciones, pero en este caso, cuando la volví a retomar a finales de agosto, había pasado más de un mes desde la primera escritura. Exceptuando algunas correcciones de estilo y el añadido o la eliminación de alguna que otra frase, la dejé poco más o menos como estaba, con esa virginidad un tanto áspera y fresca de toda obra que sale a «la prima». Entonces fue cuando decidí que la enviaba al *Premio Buero Vallejo*; tenía por ahí a mano la convocatoria. No sé si la mandé a alguno más, creo que no, porque consideré que encajaba y estaba dentro del tiempo: el plazo se cerraba el 30 de septiembre, y el premio conllevaba la publicación y el estreno.

Como casi siempre que concuro a premios y por haber sido tan poco premiada, lo cierto es que me olvidé del asunto, y cuál no sería mi sorpresa cuando el 25 de noviembre, día de Santa Catalina..., lo recuerdo muy bien porque es mi cumpleaños (que alguien lo apunte y me felicite; lo agradeceré), serían las ocho de la tarde, estaba en casa con unos amigos celebrándolo (*La boda...* ha surgido entre amistades: junto a ellas la escribí y con ellas recibí la noticia) cuando me llamaron del Ayuntamiento de Guadalajara para comunicarme que había ganado el premio. La verdad es que no podían haberme hecho regalo mejor, pero, ¡ah!, cuando estaba en lo mejor de mi euforia empezaron los peros, y la felicidad que nos proporcionan las sorpresas agradables, por ser agradables y por ser sorpresas, no lo era del todo: el premio no lo había ganado yo sola, que es una forma de ganar, sino ex aequo, compartido a medias, sin triunfo completo y un tanto agridulce. Esto, lo reconozco, me desinfló bastante. No soy partidaria de los juicios salomónicos. Creo que no contentan a nadie, y esa decepción se la llevaría, posiblemente, el otro autor premiado. ¡Pero en fin!, como suelo intentar ver el lado positivo (ya sabéis, lo de la botella medio llena; en realidad no es optimismo, sino supervivencia pura y dura), me contenté pensando que al fin y al cabo el premio, compartido o no, era premio, y llevaba aparejado la publicación y el estreno: lo dicho, ¡estreno!; eso rezaba claramente en la convocatoria, lo cual ya era algo, pues la compensación económica, cosa que reconozco era lo que menos me importaba, no era nada del otro jueves, y más en este caso que tenía que compartirla con otro ganador.

Pues bien, a partir de entonces empezó la andadura de la promoción, el discurrir de la obra por el mundo y por los des-

pachos del Patronato de Cultura del Ayuntamiento de Guadalajara, que había convocado y concedido el Premio, pero empezaron a pasar los meses y yo no sabía nada ni de la publicación ni del estreno, y como cuando llamaba a Guadalajara se me contestaba con imprecisiones y vaguedades, empecé a moverla por mi cuenta: respecto a la publicación, mandándola a los sitios indicados para ello, y con vistas a su estreno, a actrices que me gustaban y a las que consideraba idóneas para hacer el personaje de la Hija. Esto de mandar el texto directamente a las actrices no era, al parecer, el vehículo adecuado; las actrices por sí mismas no podían hacer nada, aunque el texto les gustase: tenía que ofrecérsela a productores, y así empecé a enviar a unos y a otros, sin ningún resultado: alguno, tras reiteradas solicitudes de audiencias..., no creo que haya que solicitar más para ver al Rey o al Papa, me recibió y prometió, como gran concesión (promesa posiblemente incumplida), que leería la obra; otros, ni eso. Las actrices, excepto dos, que tuvieron la deferencia de darme las gracias, tampoco me contestaron. Seguramente, no debió de parecerles gran cosa o ni siquiera la leyeron. En estos tanteos se me fueron algunos meses, al mismo tiempo que llamaba infructuosamente a Guadalajara para lo mismo: allí continuaban las vaguedades, el sí pero no, el no se sabe, «las cosas de palacio van despacio», me llegaron a decir; desde luego despacio han ido, ¡en fin!... Lo de siempre. Todo ese barullo burocrático. Y mientras tanto, entre palos de ciego y silencio administrativo, avanzábamos por el 2005, y seguía sin haber datos concretos; todo lo más, buenas palabras. *La boda* no se materializaba, no adquiría el carácter de teatro total; el bautismo escénico no llegaba. Me daban nombres, teléfonos a los que yo llamaba: «verá, soy Carmen Resino, la ganadora del *Premio Buero Vallejo 2004...*», pero nada; hasta que al fin, debí de marear un poco, empezaron a decirme que estaban en el asunto y, por supuesto, decididos a estrenarla, aunque sin especificar fecha: el tema ha debido de resultarles tan molesto, que en las bases del premio no se ha vuelto a incluir el estreno. Yo, incansable al desánimo, seguía llamando periódicamente a Guadalajara, y por fin, terminábamos el 2005, es decir, a un año de la concesión del Premio, parecía hacerse la luz..., una luz muy tenue, pero luz: Pablo Llorente, del Patronato de Cultura, me confirmaba que estaban decididamente en el asunto y que la obra se estrenaría aproximadamente en marzo, a cargo del Aula de Teatro de la Universidad de Alcalá, como rezaba en la convocatoria. Volvieron a darme nombres, apellidos y expectativas y yo pensé que a partir de ahí, al menos en lo que a mí respecta, estaba todo hecho. Sin embargo, se tuvo que volver a empezar, pues la Universidad de Alcalá no podía hacerse cargo del montaje al no existir, según me dijeron, convenio con el Ayuntamiento. ¿Cómo era eso posible?... ¿Por qué, entonces, si no lo había se especificaba en la bases que se dotaría con 6.000 euros al aula de estudios escénicos de la Universidad de Alcalá de Henares para el montaje y primeras representaciones de la obra premiada?

Por tanto, nuevo parón, nuevo silencio; el problema estreno regresaba al Ayuntamiento: él y sólo él debería encargarse de hacer las gestiones para propiciarlo y de dar cumplimiento al compromiso. Me hablaron entonces los del Patronato de una directora a la que pensaban contratar para dirigir mi obra, y para que me pusiera en contacto con ella me dieron su teléfono, pero si mal no recuerdo no llegué a hablar con ella, o al menos no concreté nada, pues finalmente esta directora declinó montarla ante un presupuesto tan exiguo. Y con esta negativa nos adentramos en enero del 2006.

Por lo que respecta a la publicación, requisito que al igual que el estreno constaba en la convocatoria del Premio, constituía también otra prueba de paciencia, aunque desde el principio tuvo una trayectoria más lineal y clara que la del estreno. Mis tanteos para publicarla independientemente del Ayuntamiento, cosa que también intenté ante la tardanza del mismo, resultaron bastante infructuosos: algunos a los que se la envié no me han contestado aún; otros, decían tener todo completo hasta el 2007, y alguna editorial me comentó que para la publicación apuestan por las obras estrenadas, con lo cual nos movemos en un círculo vicioso: si cada vez es más restringida la puesta en escena, y esta se convierte en condición indispensable o casi, para publicar, los que no estrenan o lo hacemos poco estamos siendo arrojados a las cunetas como autores dramáticos. Si no estrenamos, tampoco publicamos, y si no publicamos, difícilmente podremos estrenar. Finalmente, las cosas se arreglaron: el Ayuntamiento ha sacado la obra, lo que agradezco a Santiago Manzano, responsable de la publicación, y Patricia O'Connor ha incluido el texto en un volumen sobre teatro de mujeres editado por Fundamentos<sup>2</sup>.

Y vuelvo al tema estreno: tras la declinación de la directora nombrada por el Ayuntamiento, la cosa volvió a pararse, y esta vez parecía que, pese a las buenas palabras, el asunto naufragaba definitivamente, que daba la última vuelta de tuerca, mientras el tiempo pasaba inexorable. Llegué a tal convencimiento de que no había nada que hacer, que lo dejé estar, despreocupándome por completo del asunto, dándolo por perdido, con el fatalismo de las cosas que no tienen remedio. Y en este punto de abandono, caída yo en la total indiferencia, el asunto volvió a retomarse, cuando el Patronato de Cultura del Ayuntamiento de Guadalajara, y nuevamente por medio de Pablo Llorente, se puso en contacto con Mariano de Paco Serrano. Mariano de Paco Serrano conocía la obra, le gustaba, y estaba dispuesto a montarla, aunque fuera con un presupuesto exiguo; sin embargo, y pese a subsanarse este no pequeño inconveniente, continuaron surgiendo escollos: ahora, el problema era el local; si antes sí pensaba en el Teatro

Buero Vallejo, cosa natural por tratarse del premio del mismo nombre y por estar en Guadalajara, ahora se barajaba otro de menor aforo, el Moderno, y seguía sin concretarse fecha.

Mariano propuso entonces, sin conseguirlo, que ya que Ignacio García Barba, el otro ganador del premio, abría el «Festival de Hita», el mío lo cerrara, o viceversa: esto hubiera estado muy bien, los dos monólogos ganadores del *Buero Vallejo 2004* abriendo y cerrando un mismo festival; pero, por lo que fuera, no pudo ser, y eso que en la resolución que recibí en su día del jurado se especificaba: «la calidad de los dos trabajos y la coincidencia de la trama argumental de los monólogos, susceptibles de ser representados en un mismo espectáculo, han motivado esta novedosa decisión».

Eliminada esta proposición, Mariano continuó barajando posibilidades, fechas y teatro, sin que en principio nada se concretase. Finalmente, después de otro breve paréntesis, en el que tampoco sabíamos qué iba a pasar, sorteados los obstáculos burocráticos que al parecer no han sido grandes pero sí varios, nos dieron la fecha del 24 de mayo del 2006 y el Teatro Buero Vallejo. Ya teníamos, por tanto, fecha, teatro, director y texto, pero faltaba la actriz, cosa fácil y difícil tratándose de un monólogo de un poco más de una hora y de escasas ventajas económicas. Ese fue otro sufrimiento, al menos para mí: cuando parecía que teníamos una en firme, la cosa falló, y a la vuelta del congreso de Soria, e incluso después, yo no sabía quién iba a encargarse de hacerlo. Mariano me tranquilizaba, daba por hecho que tendría actriz y una buena actriz, pero los días pasaban. Finalmente se encontró con ella, Carmen Caballero, y empezaron los ensayos en un local de la calle San Roque de Madrid. Yo fui solamente a tres, y he de reconocer que me moría de miedo: la fecha del 24 estaba ahí, inmóvil, los días pasaban y Carmen tenía que aprenderse un texto bastante denso en un tiempo record de 12 días. Reconozco que a veces dudaba, pese a la tranquilidad y la seguridad de Mariano, mucho más optimista que yo. Lo del pesimismo preestreno debe de ser patología de autores, no me cabe la menor duda, lo que no quiere decir que esta no se extienda a otros del gremio, sobre todo a actores, aunque la actriz, sobre la que recaía la gran responsabilidad de aprenderse todo aquello y de la representación, parecía bastante tranquila.

Y el día llegó. Mariano se marchó a Guadalajara muy temprano y yo llegué sobre las siete de la tarde. Ni siquiera vi el ensayo general con luces, música y demás. Mariano había decidido que los espectadores se situaran, mediante unas gradas, en el mismo escenario, con lo cual la obra ganaba intimidad. Fue un gran acierto: si los espectadores hubieran estado en el patio de butacas, dadas las proporciones del Buero Vallejo, la obra habría perdido fuerza y, posiblemente,

<sup>2</sup> *La Boda*, Teatro colección Premio Buero Vallejo, Guadalajara, Patronato de Cultura, Ayuntamiento de Guadalajara, 2006. Introducción de Virtudes Serrano, págs. 11-16; y en Patricia O'Connor, *Mujeres sobre mujeres en los albores del siglo XXI: Teatro breve español/ One-Act Spanish Plays by Women about Women in the Early Years of the 21st Century*, edición bilingüe, Madrid, Editorial Fundamentos, 2006, con introducción de la autora.

se habría diluido. También pensó en un principio que los espectadores rodearan el espacio escénico, pero luego decidió colocarlos en posición frontal. Y allí, en primera fila, me situé yo, y al sentarme note que estaba bastante más tranquila que en los ensayos, como si la confianza de Mariano se me hubiera finalmente contagiado; desde el primer momento que Carmen abrió la boca tuve el convencimiento de que aquello iba a salir. Y, la verdad, salió estupendo. Carmen Caballero echó el resto, no se olvidó de nada (era lo que yo más temía, por el poco tiempo que había ensayado),

matizó de manera increíble, resaltó con gran brillantez los momentos más clave de la obra; en una palabra, interpretó. Fue la Hija.

De manera que, aunque tarde, la dicha fue buena. Gracias al empeño de Pablo Llorente para que la obra se estrenara, a la dirección de Mariano de Paco Serrano, y a la interpretación de Carmen Caballero, se produjo ese pequeño milagro que es la representación escénica, y *La boda*, concebida hacía dos veranos en una playa de Levante, logró ese triunfo de hacerse carne de teatro, de ponerse en pie. ■

## *La boda* [fragmento]

*Sale por un momento por la puerta de la derecha rumiando cosas ininteligibles, para volver enseguida con una bandeja y un servicio de café. Lo dejará encima de la mesilla, se servirá y beberá después de agitar nerviosamente la cucharilla.*

¡Es como lo del café! ¡Todo el día con el dichoso café! Sí, tengo que reconocerlo: soy una adicta al café. A otras cosas, no, la verdad, me dan un miedo atroz, pura cobardía, que si te descuidas te quedas tiesa o con el hígado hecho polvo... Otras cosas, ¡no!, ¡pero café y tabaco! Tabaco de todas las marcas, y hasta puros, si no encuentro otra cosa, y café en todas sus variantes: con hielo, solo, con leche, cortado, capuccino, americano..., ¡de cualquier manera! (Breve pausa. Hacia la puerta.) A ti tampoco te gustaba el café. Tú eras del té. Di, mamá, ¿a que tampoco te gustaba el café? ¡No te digo! A ti no te gustaba nada, no tenías adicción a nada, o lo disimulabas muy bien... Lo único a lo que tenías adicción era a los libros, pero da la casualidad que eso no es censurable, sino que se considera mérito. ¡Ya ves! Hasta tus adicciones eran meritorias, que parecías Doña Perfecta. Tu eras, mamá, lo que llamaban los clásicos una mujer fuerte, para jodernos más a los pobres mortales.

*(Se levanta, da unos paseos por la habitación. Se toca los pies con gesto de fastidio y por los zapatos.)*

¡No, si todavía me van a hacer daño, los muy cabrones, después del peregrinaje que me costó encontrarlos, que me pateé todo Madrid y parte del extranjero, y de lo que me costaron, que esa es otra: ¡doscientos trece euros nada menos! ¡doscientos trece de mis entretelas! ¡Tenía que acabar la cifra en trece para mayor inri! Cuando vi el precio me quedé petrificada con ellos en la mano, sin saber qué hacer... Bueno, tirarlos lo más lejos posible para evitar tentaciones... Pero finalmente me los compré después de un momento de vacilación, de esos momentos en los que el sentido práctico y el del honor, eso que ya no se lleva, estuvieran en



Escena de *La boda*, de Carmen Resino. Intérprete, Carmen Caballero. Director, Mariano de Paco Serrano. Teatro Buero Vallejo de Guadalajara. 2006.

juego. Porque de eso se trataba: del honor. No podía decir que no: en primer lugar, porque era la boutique que me había recomendado mi jefa, una elefanta que habla excátedra en materia de marcas, modas y pedigrí. ¡Doscientos trece euros de mi vida, cuando a mi cuarenta para unos zapatos ya me parecen mucho! Y la culpa de que me parezcan mucho cuarenta euros la tienes tú, mamá, como de casi todo, por haberte empeñado en que mirara el dinero, ese fruto del trabajo, decías, en que no me dejara seducir por las falsas apariencias... ¡Falsas apariencias! En este mundo, mamá, todo son falsas apariencias. Solo existe de verdad el hecho de nacer y el de morir, y para eso también con su parafernalia, y si no sigues el juego, ¡caput! (Breve corte.) No, mamá, no se puede ir a pecho descubierto, jugando con todas las cartas a la vista, con la sinceridad a flor de piel... Eso, perdona que te lo diga, es suicida... Hay que involucrase en falsas apariencias, y cuanto más falsas, mejor. ¿Qué conseguiste tú en toda tu puta vida de trabajo, valiendo como valías..., eso, la verdad, tengo que reconocerlo? ¡Pues trabajo y nada más! Sí, ya sé que eras casi, casi, una notabilidad, pero te faltó el casi, y ese casi es el todo. ¡Que no me deje llevar por las apariencias! ¿En qué planeta vivías, mamá?, y digo vivías porque lo que tú haces ahora es vegetar, ultimar de manera nada gloriosa ese tramo del «largo camino hacia la noche», que, esperemos, no se te ocurra traspasarlo a hoy, con todo lo que tengo que hacer. (Breve pausa. Nuevo sorbo de café y calada de cigarrillo.)